

CARTA

del Comité Permanente del Episcopado a los católicos de Chile

CAMINAR JUNTOS

EN LA IGLESIA

Queridos hermanos en el Señor:

Poco tiempo atrás recordábamos que: "El sentido más hondo de nuestra vida cristiana es confesar a Jesús en un momento determinado de nuestra historia. Esta confesión implica reconocerlo, amarlo y aceptarlo como único Señor y Salvador. Vivir de tal manera que, tanto en nuestros labios como en nuestras realizaciones, se transparente la persona, el misterio, la obra, la palabra y la gracia de Jesús de Nazareth. Esto supone escrutar los signos de los tiempos, discernir su presencia en los acontecimientos de nuestra vida —personal y social— y anunciar a todos los hombres lo que su Espíritu está haciendo en medio de nosotros" (*Orientaciones Pastorales, N° 2*).

1. Reflexionemos sobre la Vida de nuestras Comunidades

Hoy queremos detener nuestra marcha para poner en práctica lo que nosotros mismos hemos dicho. Creemos necesario discernir lo que sucede en el seno de nuestra Iglesia, escuchar lo que nos dice el Espíritu de Dios, y así mejorar la calidad del servicio que estamos llamados a dar a nuestros hermanos.

1.1. Atentos a la historia

Al detenernos a reflexionar sobre lo que sucede en el seno de la Iglesia no nos olvidamos, ni por un instante, de lo que está sucediendo en nuestra historia. Por el contrario, como la vida de la Iglesia está tan relacionada con el acontecer histórico, hoy queremos ver de qué manera, las tensiones, rupturas y sufrimientos que afectan al pueblo que hemos sido llamados a servir, afectan nuestras relaciones al interior de la Iglesia.

No podemos abstraer nuestro ministerio de lo que sucede en la sociedad y la cultura, en las familias y grupos, en el corazón de cada hombre y de cada mujer.

Hoy la Iglesia está llamada a confesar a Jesús en un clima especialmente difícil: la crisis económica ha significado la quiebra de muchas empresas y ha dejado un saldo enorme de cesantía y de frustración; hay crímenes horrendos, aún sin aclarar, que afectan la seguridad de las personas y la credibilidad en quienes deben ser los garantes de esa seguridad; está abierta la dolorosa herida del exilio para quienes están lejos y para sus familiares; a esto podemos agregar el aumento de la prostitución y de la drogadicción de tantos jóvenes, incluso de niños; la desorientación religiosa y espiritual de muchos, que los lleva a ingresar a sectas o religiones no cristianas, o a distorsionar el sentido auténtico de la fe cristiana.

1.2. Fieles al Señor

Mañana los problemas podrán ser otros. Estos son hoy algunos de los que quisiéramos enfrentar porque afectan nuestra convivencia y la vida de la Iglesia. Pero queremos enfrentarlos con el oído y el corazón abiertos para escuchar lo que el Espíritu le dice a la Iglesia.

La Iglesia no se pertenece a sí misma. Es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Morada del Espíritu. Es decir, al Señor Dios nuestro debemos nuestra primera fidelidad. A El también le pedimos que nos corrija, nos sane y nos dé nuevas fuerzas para seguir en el camino de servicio que constituye la dicha de la Iglesia.

Por todas estas razones, sin claudicar de nuestra misión profética, hoy queremos hablar de algunos problemas internos que afectan a nuestra Iglesia.

2. Agradecemos al Señor y a los Hermanos

Seríamos injustos, sin embargo, si no partiéramos reconociendo, agradecidos, todo lo que el Espíritu ha estado haciendo en medio de nosotros en estos años.

Sin pretender ser exhaustivos, reconocemos admirados Su acción en la entrega cada vez más generosa y en mayor número de cristianos que dan su tiempo, su energía y su persona toda en la obra de construir la comunidad de Iglesia y de realizar su servicio en el mundo, particularmente entre los pobres, obreros, pobladores, campesinos.

Bendecimos al Señor que nos impulsa a promover y defender la dignidad humana, la justicia y a señalar con firmeza que toda sociedad debe cimentarse en el respeto irrestricto por los derechos humanos. También lo bendecimos porque los pobres y los jóvenes sienten cada vez más a la Iglesia como suya y porque su presencia activa nos ha ayudado a crecer en la fidelidad a nuestra propia vocación:

Reconocemos llenos de gozo la acción del Espíritu en la multitud de padres y madres de familia que —gracias al esfuerzo de la Catequesis familiar— asumen responsablemente la preparación de sus hijos a los Sacramentos estrechando los vínculos de la sangre con los otros, más fuertes, del amor compartido por Jesucristo y su Iglesia.

Reconocemos, por último, la obra del Espíritu del Dios Vivo en el hambre y sed de oración, de vida interior, que se despierta a nuestra vista, no sólo entre católicos, sino también entre hombres y mujeres de buena voluntad, cansados de una vida de conquista del mundo que no sacia los anhelos profundos del corazón.

Agradecemos al Señor que, como fruto de la oración y de la generosidad apostólica de nuestros laicos, estamos viendo un aumento notable de vocaciones sacerdotales y religiosas.

3. Reconocemos conflictos y tensiones

No todo, sin embargo, en nuestra Iglesia lleva el signo de la vida. Hay también algunas fuentes de preocupación, incluso de dolor. Hoy queremos referirnos a cuatro de ellas, a saber:

- Hermanos que abandonan la Iglesia.
- Reducción de la fe a la acción política.
- Católicos disidentes.
- La así llamada "Iglesia popular".

Queremos escuchar lo que a través de ellas nos dice el Espíritu, para ser más fieles al Señor.

3.1. Hay hermanos que abandonan la Iglesia

Nos preocupa que haya hermanos —cuántos, no sabemos— que abandonan la comunidad de la Iglesia para ingresar a otras religiones no cristianas, como por ejemplo los Mormones y los Testigos de Jehová. No nos parece que los católicos que se pasan a ellas crezcan en libertad interior, en capacidad de amar, en servicio de justicia al mundo.

Dejando de lado muchas otras consideraciones nos preguntamos: ¿Qué pasa con la vida de fe de las comunidades cristianas que no atraen suficientemente a estos hermanos que deciden partir?

Creemos que, en estos hechos dolorosos, el Espíritu nos llama a cultivar y a hacer más fuerte la raíz de nuestra fe, la que da sentido a nuestra pertenencia a la Iglesia y a nuestra permanencia en ella: el encuentro personal con el Señor Jesús, ese "a quien amamos sin haberlo visto, en quien creemos aunque de momento no le veamos, rebotando de alegría inefable y gloriosa" (1 Pedro 1,8). El es la piedra angular que sostiene todo el edificio de la Iglesia. Sin el encuentro, siempre renovado y rejuvenecido con El, estamos construyendo sobre arena. Animémonos, pues unos a otros en las comunidades cristianas y eclesiales a buscar sin descanso al Señor Jesús.

3.2. Reducir la fe a la opción política

Nos preocupa también una cierta politización indebida de la fe, que creemos observar en diversos grupos de católicos. Algunos quisieran reducir la fe a un mero apoyo interesante de causas históricas y políticas. Otros quisieran separar la fe de la historia real de nuestro pueblo y convertirla en la inspiración de la vida individual, de la honestidad personal y del cumplimiento del deber de estado, sin otra manifestación colectiva que los actos de un culto ritual.

3.2.1. Visión parcial de Jesús y del Hombre

Estas actitudes demuestran una concepción parcial de la persona y el misterio de Jesucristo y, por lo tanto, de la persona y el misterio del hombre.

Es urgente que volvamos a contemplar y predicar a Jesucristo con toda integridad. Sobre todo, volver a la fuente de su misterio: su Encarnación, su Pasión y su Resurrección redentora.

Por la Encarnación sabemos que la naturaleza humana y la divina están unidas en Jesucristo para siempre, inseparablemente, sin división ni confusión alguna. No es lícito, por lo tanto, pretender que las cosas humanas nada tienen que ver con Dios, ni que las cosas divinas son ajenas a la vida del hombre. La voluntad del Padre, manifestada en la encarnación de su Hijo, es asumir desde dentro toda la vida humana. Por lo tanto, la economía, la política, la psicología, el arte y la tecnología —conservando naturalmente la autonomía que le es propia— están llamados a transparentar al Dios que las anima, y a convertirse a El que las va a llevar a su mayor plenitud.

Por su Pasión Redentora el Señor nos ha revelado que el camino de salvación pasa a través de los sufrimientos, los dolores y los conflictos de la humanidad. La salvación viene de Dios, es cierto, pero sólo se experimenta asumiendo conscientemente las tensiones y rupturas personales e históricas de la vida del hombre. Es preciso morir para vivir. Más aún, es preciso ofrecer la vida, dar la vida por amor y jamás arrogarnos el derecho ilegítimo de disponer arbitrariamente de la vida propia o ajena.

3.2.2 *Visión parcial de la Iglesia*

La politización indebida también demuestra una comprensión falsa o parcial del misterio y del ministerio de la Iglesia. A ella le compete evangelizar toda la vida del hombre por fidelidad a la encarnación del Señor. Por ello, también está llamada a evangelizar la política y la economía. Y esto lo hace especialmente:

- formando a los hombres para que ellos puedan asumir responsablemente, y desde la perspectiva de Jesús, el compromiso político que anhela cambiar las estructuras injustas y opresivas de este mundo;

- animando, sobre todo a los jóvenes, a que asuman sus responsabilidades en la sociedad civil y, desde ahí, den su aporte original. Estas tareas las compartimos todos en la Iglesia: obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos;

- iluminando con la Palabra del Señor las realidades que están de acuerdo con el Reinado de Dios y las que alejan el cumplimiento de su Reinado. Esta es una tarea de anuncio, denuncia y llamado a conversión. Toda la Iglesia es responsable en la formación, la animación y la iluminación. Sin embargo, los obispos tienen en ella una especial responsabilidad por tener el ministerio de encabezar la comunión eclesial.

Por otra parte, está el compromiso personal de los laicos en la política partidaria o no partidaria. Ellos pueden optar, conforme a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, entre las diversas colectividades que, según su juicio maduro y responsable, estén en la línea de las enseñanzas del Evangelio. De este tipo de compromiso se excluyen los obispos, los sacerdotes, diáconos y religiosos. Tampoco pueden asumir semejante compromiso las comunidades eclesiales en cuanto tales, y menos aún convertirse en agrupaciones partidarias. El ideal es que en ellas se dé un pluralismo muy

verdadero que ayude a buscar en común la voluntad del Señor para sus diversos compromisos seculares.

3.2.3 *Política y Politiquería*

Lamentablemente hoy se habla de la palabra política con extrema ambigüedad. Tanto así que se la confunde con la politiquería o con el sectarismo. Por otra parte, en este ambiente, se tiende a desprestigiar la acción de bien social o la defensa de los derechos humanos, motejándola de "política", como si ésta fuera un mal que hay que evitar.

La preocupación por el bien común y la acción en favor de la justicia, es decir, la política, es una realidad necesaria en toda sociedad. Más aún constituye una forma eximia de la caridad. Por eso, tratar este tema con ambigüedad es muy grave. Sobre todo cuando ello lo hacen personas con responsabilidades ciudadanas o los medios de comunicación social.

Esto no es sólo un problema de lenguaje: más grave aún es que no se den al país los cauces y las seguridades para el ejercicio pleno del derecho de participación de todos en el destino de Chile. Esta misma ausencia de participación es, en gran medida, la causa de que muchos busquen equivocadamente en la Iglesia, o le exijan a ella, lo que hay que buscar y exigir en las instancias ordinarias de participación a las que debiera tener acceso todo ciudadano.

3.3. Católicos disidentes

Nos preocupa y nos aflige también el que una y otra vez se levanten públicamente voces de quienes se dicen cristianos y católicos, y disienten formal y explícitamente de nuestro magisterio pastoral.

3.3.1 *Podemos dialogar*

Nuestra máxima ambición es ser fieles al Evangelio e intérpretes de la Palabra del Señor para su pueblo. Es el ministerio que El nos ha confiado. Por eso, cuando nos referimos, desde el ángulo pastoral que nos compete, al acontecer histórico, siempre lo hacemos después de madura reflexión, teniendo en cuenta la Palabra de Jesús y el Magisterio universal de la Iglesia. Y, sobre todo, con la urgencia del sufrimiento de innumerables hermanos de quienes somos amigos y confidentes. Siempre estaremos abiertos al diálogo y a corregir nuestras opiniones en materias discutibles, ya que no somos obcecados ni creemos en la dialéctica de amigos y enemigos. Por sobre todas las cosas somos y queremos ser pastores del pueblo que se nos ha confiado.

3.3.2 *Debemos respetar*

Al tratarse, empero, del magisterio pastoral, que ejercemos en comunión con el Papa Juan Pablo II, y siguiendo las orientaciones del Concilio Vaticano

II y la Conferencia de Puebla, quienes disienten producen un grave daño a la fe de los creyentes y trizan la comunión plena con la Iglesia.

3.3.3. *Buscar la verdad en el amor*

Creemos que a través de estos hechos el Espíritu de Jesús nos llama a todos a cultivar y a hacer crecer el amor concreto por la Iglesia, por sus comunidades y sus Pastores. Nos llama a ahondar nuestra capacidad de comunión, de ponernos en la situación del otro, de hacer de alguna manera su experiencia, por encima de las diferencias ideológicas, políticas, culturales. Todos tenemos la tendencia a amar a los que piensan y sienten, hablan y viven como nosotros; y la tendencia, igualmente obstinada, a cerrar nuestro corazón ante los que no son como nosotros. Pero ése no es el camino de la vida. Porque si amamos a los que nos aman y sólo saludamos a nuestros hermanos, nos apartamos del Padre de todos que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos (*ver Mateo 5, 43-48*).

El Espíritu del Señor nos llama en estos hechos a romper nuestro egoísmo de grupo, a dudar de nuestras seguridades soberbias y a ponernos a la escucha de los hermanos, compartiendo de alguna manera su experiencia de vida, para buscar humildemente, juntos, la Verdad, que siempre supera mi pequeña y tu pequeña verdad.

3.4. Iglesia Popular

Si la preocupación anterior es causada, sobre todo, por personas o pequeños grupos con influencia en nuestra sociedad, la que ahora pasamos a exponer brota de grupos populares que, a veces, hablan de querer construir una "Iglesia Popular".

No es el nombre lo que nos preocupa, sino algunas acentuaciones que pueden desfigurar la imagen de la Iglesia.

3.4.1. *Luces y Sombras*

En primer lugar apreciamos en ellos el interés por el Evangelio del Señor y la solidaridad que manifiestan con sus hermanos que sufren por las condiciones precarias en que viven. Apreciamos también en ellos la urgencia evangélica con que nos impelen a dar una respuesta cristiana a los más desposeídos, y la práctica permanente del discernimiento con que buscan las acciones que el Señor les pide realizar.

Sin embargo, hay quienes oponen, en su forma de hablar, a la jerarquía y a los fieles (las "bases") de la Iglesia y algunas comunidades que realizan su vida eclesial sin una vinculación explícita a sus pastores. Estas tendencias, si se convirtieran en actitudes, tendrían el peligro de engendrar sectas y no comunidades de Iglesia.

Nos preocupa también la tendencia a absolutizar la dimensión política de la vida. Es muy claro

que la Iglesia alienta la actividad política y la defensa de la causa de los pobres. Sin embargo, y lo hemos dicho, la fe no se reduce a esa sola dimensión de la vida ni esa es la finalidad de la oración y el culto. Por eso los invitamos a avivar las dimensiones más gratuitas y afectivas de la vida y de la fe.

3.4.2. *La Cultura Popular*

Por otra parte, nosotros y toda la Iglesia deberíamos inquietarnos por la distancia cultural que aún existe entre el pueblo de los pobres y el lenguaje y parte de la prédica de la Iglesia. Sobre todo, para ser consecuentes en la opción preferencial por los pobres y la evangelización a partir de la cultura. Nos parece oír el llamado del Espíritu a abrirnos a las culturas ajenas, a no hacer de la cultura de nuestro grupo la única expresión posible de la fe y de la Iglesia. En esto tenemos mucho que crecer, todos: los que nos sentimos bien con las formas actuales en que se expresa la Iglesia y los que se sienten en ella como en país extraño. Hoy el Espíritu, igual que a Pedro cuando lo mandó llamar Cornelio, el romano, nos está impulsando a romper la estrechez de nuestros prejuicios culturales y a abrirnos a la riqueza de la variedad cultural. (*Cfr. Hechos 10*).

4. Mejoremos la calidad de nuestra comunión y misión

Hemos abordado, con entera confianza, los aspectos de la vida interna de la Iglesia que más nos preocupan. Lo hemos hecho confiando en la asistencia del Señor y en la acogida de nuestros hermanos a quienes dirigimos esta carta.

Sólo nos resta pedirles que la lean con un corazón de discípulos: en oración, dispuestos a dejarse criticar más que a criticar a los demás, y abiertos a corregir lo que haya que corregir. Por nuestra parte, estamos muy disponibles a seguir dialogando, con espíritu franco y fraterno, con todos aquellos que se sientan más aludidos por esta carta. Nosotros no hemos querido condenar, sino advertir y recomendar. En el diálogo podremos escuchar con más atención y mejorar la comprensión y el análisis de los puntos que hemos tratado. Así, además, podremos mejorar juntos la calidad de nuestra comunión y de nuestra misión.

Encomendando a todos nuestros hermanos al cuidado maternal de María quien resplandece ante todos nosotros como figura de la Iglesia, los saludan y bendicen con afecto,

**LOS OBISPOS
DEL COMITE PERMANENTE DEL EPISCOPADO**

*Santiago, Fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Viernes
16 de julio de 1982.*